

## BRUJAS EN EL TEATRO



No hace tantos siglos que la historia de Europa se veía teñida del oscuro color del fuego, la sangre y la tortura de miles de mujeres valientes y espirituales a las que llamaban brujas; mujeres jóvenes o mayores, cultas o incultas, a las que expoliaban de todas sus propiedades, sin dejar herederos. En efecto, en muchas ocasiones el verdadero objetivo de los pretendidos fanáticos criminales no era librar al mundo de la influencia de Satán y sus hordas humanoides sino pura y simplemente la rapiña y el expolio a la voz de arrogarse el carácter de espíritus liberadores de las influencias del Maligno.

En realidad, se trata de un baldón más contra la condición femenina pues se puede estimar hasta en un noventa por ciento la incidencia de mujeres en las causas de brujería de todos los países implicados en la cacería de brujas. Y no parece extraño que atribuyeran tal injusticia contra la mujer ya que fue opinión muy extendida en el brutal mundo post romano que las mujeres eran herederas de Eva, la tentada y seducida por Satanás, así como más susceptibles al engaño, supersticiosas y vengativas; y por todo ello y por su pretendido afán por mandar y su atribuida soberbia, aparecían como más proclives a transformarse en instrumentos del Diablo. Dicho así, con el permiso de Goethe y de su Fausto.

Las brujas, inventadas o reales, judías, moras o cristianas, pulularon numerosas por Europa y el Nuevo Continente durante siglos, como una maldición más de la inmensa desgracia que trajo la barbarie. Y claro, las brujas llegaron al teatro. Y en el teatro han ocupado un sitio muy

destacado hasta ahora. Durante los siglos iniciales constituyeron sin duda un estupendo recurso escénico para introducir factores sobrenaturales y terroríficos en dramaturgias carentes, en muchos casos, de otros recursos. Especialmente en la Inglaterra sórdida y violenta a la que llamaron, sin razón alguna, renacentista. La Inglaterra de Shakespeare y sus expoliados.

Y al teatro fueron las viejas endemoniadas llenas de verrugas con sus pócimas y animales inmundos y las bellas jóvenes lujuriosas con sus blancas y lascivas carnes. El precedente genial de todas ellas fue Celestina, verdadera creadora de la tan castigada república del amor, la libertad y la tolerancia. Pagó con su vida, naturalmente, su innovadora práctica. Pero Celestina no fue bruja genuina. Era demasiado realista y nunca apeló a las fuerzas malignas sobrenaturales ni realizó danzas macabras ni aquelarres, aunque sí que recompuso virgos y torció voluntades esquivas. Y, sobre todo, creó la primera pareja de enamorados sublimes del teatro occidental: Calixto y Melibea.



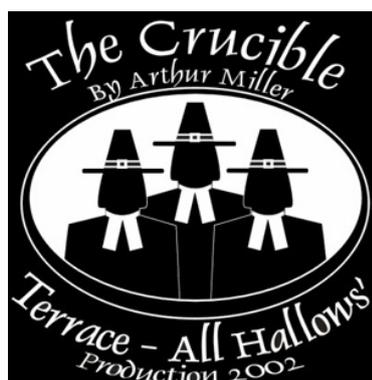
Por entonces, las brujas proliferaron en el teatro inglés, más que en ningún otro. El teatro inglés de la época servía de punto de encuentro entre el “meleficium” del pueblo llano y las cuestiones teológicas relacionadas con el Diablo de los teólogos y juristas. Tal vez las brujas más conocidas en el mundo escénico son las mentirosas y engañosas brujas de Macbeth. De aspecto espantoso e irracional son sin embargo mujeres barbadas. Su lenguaje es ambiguo y extraño, diseñado para llevar a Macbeth a la perdición y engañar con palabras que dicen verdad. Shakespeare se limita a presentar a través de estas brujas lo que es desconocido y peligroso en la sociedad de su época y las utiliza para montar su trama dramática, un tanto grotesca.



Un tipo de nigromante muy diferente se presenta en la obra “La Bruja de Edmonton” de William Rowley y otros poetas. Esta tragicomedia se basa en un hecho real acaecido a Elizabeth Sawyer, una mujer pobre y deforme que, como consecuencia de la marginación y persecución sufrida, se transforma en bruja perversa y deslenguada que a través de invocaciones demoníacas es acusada de atraer la desgracia de los agricultores y ganaderos de la región. En realidad, esta obra trata a las brujas como generadoras de todos los males de los campos y villorrios, convirtiéndolas en verdaderos chivos de Satanás expiatorios, en los que descargar toda la rabia y frustración de las desgracias.

El Siglo XVII se cierra en la Inglaterra de las brujas, ya muy exoneradas de males y supersticiones, con la comedia “Las últimas brujas de Lancashire” en la que los autores abordan el tema de manera frívola y cómica. Las brujas aparecen ahora como seres traviesos, sin maldad ni conexión alguna con el Demonio.

El calvinismo proverbial, la perfidia y la incompreensión del pueblo norteamericano trajeron a la escena otro caso real acaecido dos siglos y medio antes. Fue la pluma del dramaturgo Arthur Millar la que, aprovechando los veinte ahorcados de Salem, Massachussets, de finales del siglo XVII, se valió de brujas inventadas por la perfidia e injusticia de aquél tiempo para llevar a cabo una crítica certera a la sociedad yanqui de mediados del siglo XX, dominada por la “caza de brujas” impuesta por el comité McCarthy. “Las brujas de Salem” (“The Crucible”, El Crisol, en su versión original) no trata en realidad de brujas, sino de seres inocentes e ignorantes que son pasto de la avaricia, la envidia, la lujuria y los odios personales.



Llegamos así a la bruja verdadera y anacrónica de Lorca. Sabido es que en su tragedia “Yerma”, la martirizada mujer acude a la casa de una viajera bruja, Dolores, para que le de remedio a su infecundidad. Esta heredera de Celestina comprende enseguida el problema de Yerma y la embarca en un auténtico aquelarre de lujuria y sexo para las casadas sin hijos. Es una romería donde el varón siempre manda y las casadas son flores. La exuberante creatividad del dramaturgo granadino tiñe de una poesía extraña y hermosísima la actividad inducida por las brujas. Nos aparece un nuevo concepto lleno de ritmo y belleza de la actividad de una bruja: es el pueblo mismo el que lleva a cabo un aquelarre fantasmagórico repleto de violencia y erotismo.



La Estación Ecológica de Biocosmología tiene también sus brujas dramáticas. Son las cuatro de Medellín del drama sobre Giordano Bruno, recientemente estrenado. Esta vez se trata de cuatro mujeres jóvenes y hermosas, eróticas y poderosas, que, no obstante, plasman imágenes goyescas y generan alucinaciones ayudándose de bebedizos e invocaciones literarias del pasado y del futuro, y autoproclamándose herederas de Celestina a través de la pareja más enamorada y hermosa de Roxana y Hamed. La crítica en este caso se lleva a cabo en el contexto fabulado de la resurrección de dioses, “verdaderos” y paganos, de las principales

tradiciones religiosas. Son estas “Brujas de Medellín” bondadosas aunque insidiosas y engañadoras, hacedoras del bien aunque por vericuetos inéditos, carne fresca sin mácula aunque con gestos nigromantes. Refugiadas en la benigna república veneciana, se permiten invocaciones a la resurrección a través del amor carnal y la lujuria de la cierva vulnerada de San Juan de la Cruz y jaculatorias líricas nemorosas de un Federico acribillado en las alambradas de los horizontes del futuro.



No quisiéramos pecar de ingenuos si decimos que, a través de sus hermosas brujas, Medellín ha contribuido ya a completar la construcción del mundo oculto de las nigromantes dramáticas, añadiéndole alguna nueva característica e intenciones autóctonas.

